

perenne, que no habia árboles frutales ni ninguna especie de verduras, y que no se cogia mas que un poco de mal trigo y cebada. Pero además de que aspiraban á hacer que floreciese el Evangelio en las rocas mas estériles del Cáucaso, y el objeto de su mision era llevar el nombre de Jesucristo hasta el Thibet mas remoto, aquel en que se hallaban era tambien frecuentado por los mahometanos, los que, á pesar de las buenas disposiciones de los naturales del país, les hacian experimentar ya algunos efectos del ódio con que miran el nombre cristiano.

Todavía tuvieron que hacer un viage de seis meses, en medio de nieves y hielos, de torrentes y precipicios: despues de lo cual llegaron á Lassa, que es la capital del tercer Thibet, que solo dista de la China cuatro meses de camino. Recibieron allí la misma acogida que en el segundo Thibet, así del Rey como de los pueblos. A poco tiempo de haber llegado, los reconvinó amistosamente el primer ministro, porque aun no se habian presentado á la audiencia del Príncipe. El padre Desideri se escusó, diciendo que no tenia cosa digna de ser presentada, segun costumbre, á tan gran Rey. El ministro insistió, á pesar de esta excusa, y de un modo tan atractivo que el padre fue inmediatamente á palacio. Llevó, no obstante, algunas curiosidades de Europa, que no tenian mas mérito que el de ser desconocidas en el Thibet. El Príncipe manifestó que las estimaba mucho, al mismo tiempo que apenas se dignaba mirar unos regalos considerables que le presentaron de otra parte.

Hizo que se sentase el padre á su lado, estuvo hablando con él cerca de dos horas, sin hablar una palabra con ninguna otra persona, y al separarse de él le honró con mil demostraciones de aprecio y benevolencia. Bajo unos auspicios tan favorables, no tardaron los misioneros en principiar la mision. Pero nada mas se sabe de esto: lo que no debe estrañarse, porque la comunicacion de Europa con aquellos países perdidos, ofrece unas dificultades que se comprenden á primera vista. Sin embargo, es muy dudoso que esta mision tuviese unas resultas proporcionadas á los trabajos que habia costado su establecimiento. Pero siempre quedó abierta la carrera á los émulos de aquellos primeros apóstoles del Thibet; y la profecía relativa á la predicacion del Evangelio en todo el universo, se cumplió en uno de los puntos mas difíciles. Tambien es de creer que como la palabra emanada del seno de Dios nunca vuelve sin fruto, sucederia lo mismo en aquella ocasion.

Despues de estos trabajos apostólicos de la Tartaria superior, no deben parecer gran cosa los de la pequeña Tartaria, llamada comunmente Crimea, y antiguamente Chersoneso Táurico. No estamos ya en los tiempos ni en el estado de conocimientos, en que este solo viage hizo tan famosos á los argonautas antiguos. Vean, pues, los monumentos originales (1) aquellos fieles piadosos, para quienes nada hay indiferente en materia de edificacion, y desde las

(1) *Cart. edif. t. 3. p. 158 y sig.*

estremidades septentrionales del Asia pasaremos nosotros al centro del África con los propagadores del Evangelio.

41. Los padres Liberato Weis, Pio de Zerbe y Samuel de Bienno, misioneros alemanes del orden de San Francisco, fueron enviados á Etiopia en los principios del siglo diez y ocho por el Papa Clemente XI (1). Desde la mision del padre Nuñez, enviado por el piadoso Rey de Portugal Juan III, con otros misioneros, al tiempo que trató de socorrer al Emperador de Etiopia con tropas contra sus vasallos rebeldes, todos los Papas celosos habian deseado mucho la salud espiritual de aquella nacion interesante por su celebridad en los monumentos mas antiguos, sagrados y profanos, y por su afecto á la religion cristiana, que dominó siempre en ella, en medio de la idolatría y del mahometismo con que está infestado el resto del África. Aun antes del establecimiento del cristianismo, no eran idólatras los etiopes del tiempo actual, los cuales no deben confundirse con los primeros etiopes que pasaron de la India: por cuya razon la mayor parte de los autores antiguos confundieron la India con la Etiopia. Los abisinios que dominan ahora en aquel país, le ocuparon mucho despues que los habitantes de la India. Eran originarios de la Arabia feliz, cuya capital es Sabá, y se llamaban homeritas. Segun su tradicion, que no deja de ser verosímil, una de sus reinas fue antiguamente á admirar la

(1) *Mem. de Etiop. en las cart. edific. t. 3. p. 387.*

sabiduría de Salomon; y añaden, que tuvo de él un hijo, llamado Manilehec, de quien descenden sus Emperadores. Por lo menos es contante que los abisinios ó etiopes modernos profesaban la religion judáica cuando se convirtieron al cristianismo.

Una parte de estos pueblos, junta con otros árabes, pasó despues el mar Rojo, conquistó la provincia de Tigris y fundó el reino de Axuma, que fue convertido á la fe cristiana, como dijimos en su lugar, por San Frumencio, natural de Alejandría, á quien San Atanasio ordenó primer obispo de aquella nacion. Todavía conservan en su figura, absolutamente distinta de la de los negros, las señales de su origen. Son de color aceitunado, por lo comun muy bien formados, y tienen cierto aire de grandeza. Esta nueva iglesia reverenció siempre á la de Alejandría como á su matriz, y aun se escedió en su respeto, supuesto que admitió, aunque no se sabe en qué tiempo, los errores de Dióscoro, y se separó como ella de la Iglesia católica. En el imperio de Justiniano todavía estaba adicta al centro de la unidad, como se vé por la historia de su Rey Elesbaan, cuya memoria honra toda la Iglesia. Este Elesbaan fue el que precipitó del trono al judío Dunaan, usurpador y perseguidor á un mismo tiempo. Puede suponerse que estos abisinios ó etiopes, de origen homeritas, conservaron la verdadera fe hasta principios del siglo nueve, en cuya época se encuentran en la historia los primeros vestigios de sus conexiones cismáticas con los patriarcas coptos ó jacobitas de Alejandría.

Por los años de 960 quedó la familia real enteramente estinguida por una nueva Atalía, que habiéndose propuesto destruir la familia de Salomon, usurpó la corona y la transmitió á sus propios descendientes, los cuales la poseyeron hasta el fin del siglo trece. Entonces Ikun-Amlac, el único Príncipe que quedaba, ó se reputaba de la sangre de Salomon, recobró el trono de sus padres. Uno de sus sucesores, llamado Constantino, envió diputados al concilio ecuménico de Florencia, y su biznieto el Emperador David, pidió tropas auxiliares y predicadores católicos al Rey Juan III de Portugal. Despues de la muerte de este Emperador, que no tuvo tiempo para ver la llegada de los misioneros, hubo en Etiopia, durante el resto del siglo diez y seis, persecuciones casi continuas y revoluciones frecuentes, las que sin embargo no impidieron el fruto de los trabajos de aquellos varones apostólicos.

Respiraron por fin en el reinado de Atznaf-Seghed, heredero legítimo del imperio, que le recobró con su valor á principios del siglo diez y siete. Tenia este Príncipe no menos penetracion que esfuerzo, ni menos rectitud que penetracion. Amante de la verdad, la abrazó luego que llegó á descubrirla. „No (dijo al padre Paez): no puedo menos de conocer á la Cabeza de la Iglesia en el sucesor de Pedro, sobre el cual fundó el Hijo de Dios esta Iglesia, y á quien mandó que apacentase sus ovejas y corderos. Creo que negarle la obediencia, es negársela al mismo Jesucristo.” Pero su celo fue demasiado vivo, y su valor demasiado

impetuoso. Un edicto publicado en tiempo inoportuno á favor de la religion romana, escitó una sedicion; y no permitiéndole su valor fogoso contemporizar hasta que la ambicion hubiese dividido á los conjurados, como se lo aconsejaba el padre Paez y el general portugués, presentó batalla á los rebeldes, le abandonaron sus tropas, y murió con las armas en la mano.

Susneyo, otro biznieto del Emperador David, y su legítimo sucesor despues de Atznaf-Seghed, siguió el consejo, pues por no admitirle se habia perdido su predecesor, y llegó con el tiempo á estinguir la rebelion. Pero creyendo entonces que nada tenia que temer, é impaciente por el restablecimiento de la verdadera Religion que habia abrazado, declaró su conversion con una especie de manifiesto en que hacia una pintura horrible, así de los patriarcas de Alejandria, como de los demás obispos jacobitas, y mandó por un edicto solemne á todos sus vasallos que admitiesen el concilio de Calcedonia. Esta firmeza intempestiva produjo un sinnúmero de alborotos y de facciones. Pero triunfó de todo, y escribió inmediatamente al Papa y al Rey de España para instar la llegada de un patriarca católico. En consecuencia, el padre Alfonso de Mendez, jesuita portugués, fue consagrado en Lisboa el año 1624, y llegó en el siguiente á Etiopia. El Emperador, el Príncipe su hijo y la mayor parte de los grandes, con una multitud de monges y clérigos, hicieron en sus manos una profesion pública de sumision al sucesor de San Pedro,

como á la única y verdadera Cabeza de la Iglesia. Se corrigieron los abusos de la disciplina del país, y se introdujeron en él los ritos romanos. Pareciendo por justas causas que eran ilícitas las ordenaciones, se consagraron nuevos sacerdotes y diáconos. El número de los católicos se aumentó considerablemente, y todos los días se hacian conversiones en todos los estados. En una palabra, no podian tener mejor semblante los asuntos de la Religion, cuando Tecle, yerno del Emperador, y los cismáticos de las provincias formaron facciones mas peligrosas que las primeras. Susneyo, como gran militar, triunfó tambien de ellas, pero con mucha efusion de sangre. En la última batalla, que fue la que puso el sello á todos sus triunfos, quedaron muertos en el campo ocho mil hombres, y entre ellos muchos de la mas distinguida nobleza.

En medio de este horrible espectáculo, los vasallos que le habian sido siempre fieles, aunque sin dejar el cisma, le dijeron, haciéndole contemplar aquellos cadáveres: „No hemos prodigado la sangre de infieles ni de enemigos de la nacion: esos son nuestros hermanos, son cristianos como nosotros, y cristianos ilustres en gran número.” El Rey dió muestras de enternecerse; y la Emperatriz, el Príncipe heredero y la mayor parte de los señores se aprovecharon de este momento para hablar á favor de la religion del país, representándola como poco diferente de la romana, pues conservaba por lo menos lo mas esencial de ella, y confesaba tambien que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Se obligó al

patriarca á establecer la antigua liturgia, y á limitarse á corregir los principales abusos. El Emperador concedió por un edicto entera libertad de conciencia á los cismáticos, sin escluir á los relapsos. Sin embargo, no retractó la abjuracion que habia hecho, y perseveró en la verdadera fe hasta la muerte, que sucedió algunos meses despues de estas nuevas disposiciones.

No sucedió así con Facíladas, su hijo y sucesor. Luego que se vió en el trono, manifestó la secreta aversion con que habia mirado siempre á la religion romana. Quitáronse las iglesias á los misioneros. Los principales católicos sufrieron la pena de muerte ó de destierro. El primer secretario de estado fue del número de los desterrados. Zela-Cristo, tio del nuevo Emperador, fue cargado de cadenas, y llevado delante de aquel Príncipe, el cual le ofreció restablecerle en sus dignidades si queria renunciar la religion de los estrangeros. Sin deliberar un momento lo rehusó este ilustre confesor, de modo que no dejó ninguna esperanza de ceder á las sugerencias de los enemigos del cristianismo. Oyó con gusto pronunciar la sentencia de muerte. Pero el Emperador se avergonzó de derramar la sangre de su tio, y lo desterró á una horrorosa soledad. Arrojó ignominiosamente al patriarca y á todos los misioneros. No obstante, el padre Almeida, obispo titular de Nicéa, y siete compañeros suyos, resueltos á sufrir los mas crueles tormentos antes que abandonar á tan grandes peligros á los recién convertidos, se quedaron dispersos en las

provincias del imperio, y convirtieron gran número de etíopes, muchos de los cuales fueron martirizados. Todos los misioneros lograron sucesivamente la misma felicidad, esto es, los padres Paez y Pereira, en 1635: el obispo de Nicéa con los padres Rodriguez y Franceschi, en 1638: los padres Bruni y Cardeira, en 1640; y en fin, el padre Noguera, en 1653, con el Príncipe Zela-Cristo.

Faciladas se valió de los medios mas rigurosos para impedir que los sacerdotes romanos volviesen á poner los pies en sus estados. Sin embargo, la congregacion de Propaganda no dejó de enviar algunos capuchinos; pero de siete que salieron de Roma, dos fueron muertos en el camino por unos salteadores: tres presos en Suachem, ciudad del alto Egipto, por el bajá turco, donde fueron degollados á instancias del implacable Faciladas; y los otros dos, á saber, el padre Casiano de Nantes y el padre Agatángelo de Vandoma, habiendo penetrado hasta la córte de Etiopia, encontraron allí la muerte inmediatamente.

El padre Bredevent, jesuita francés, emprendió llevar la fe á la Etiopia por los años de 1700, en el reinado de Adiam-Seghed, tercer sucesor de Faciladas. Las buenas cualidades de aquel Emperador, su genio amable y humano, el celo por la justicia, el amor á las ciencias, junto con un deseo extraordinario de instruirse, y alguna inclinacion á la fe romana, daban fundadas esperanzas del buen éxito de esta mision; pero las fatigas del viage acabaron con el misionero antes que llegase al término de su carrera.

Esta desgracia fue muy sensible al Emperador y á los católicos.

En fin, los tres franciscanos alemanes, elegidos por Clemente XI, llegaron á Etiopia en el reinado de Justo, sucesor inmediato de Adiam-Seghed. Al principio trataron de hacer el viage por tierra; pero viendo los grandes obstáculos que se habian presentado á los demás misioneros, mudaron de plan y fueron á embarcarse al mar Rojo. Fue feliz la navegacion, llegaron con igual felicidad á Etiopia, fueron en derechura á Gondar, capital de aquel reino, y los recibió el Soberano con particulares demostraciones de cariño. Les dispensó su proteccion, les ofreció pensiones y haciendas, que no quisieron admitir: lo que, junto con su vida penitente, le edificó de tal manera, que les prometió sostenerlos, aunque arriesgase en ello su propia vida; y solo les prohibió predicar en público, porque no se sublevasen los pueblos. „La obra que emprendemos (les decia) pide mucho tiempo y gran circunspeccion. El mismo Dios que pudo criar el mundo en un momento, quiso hacerlo en seis dias.” Era muy fundado el recelo del Príncipe; porque apenas hubieron convertido los misioneros algunas personas, aunque con bastante secreto, los monges del país, de acuerdo con algunos señores, escitaron una violenta sedicion. Fiel á sus promesas, libró el Emperador á los misioneros de todo insulto, y los hizo llevar á un parage seguro hasta que se restableciese la tranquilidad; pero casi al mismo tiempo fue acometido de una parálisis, que no sin fundamento se atribuyó á veneno.

Arrojéronle de palacio, y coronaron á un jóven de sangre imperial, llamado David. Como este usurpador queria mantenerse en el trono por medio de la seduccion que le habia elevado á la dignidad suprema, lo primero que hizo fue mandar prender á los misioneros, los cuales fueron interrogados en su presencia. Se les preguntó con qué motivo habian ido á Etiopia. Respondieron ingénuamente que para instruir á los etiopes en la verdadera fe de Jesucristo. ¿Pues qué (replicó el Emperador sumamente irritado) no somos verdaderos cristianos yo y mis vasallos? Sin mas exámen los condenó á ser apedreados. No obstante, un momento despues ofreció perdonarlos, si consentian en recibir la circuncision segun el uso de los etiopes, y en profesar su religion. Desecharon estas proposiciones con un horror y una entereza que hicieron mucho eco al Emperador, el cual, preciándose de estimar á las personas valerosas, conmutó la pena de muerte en destierro. Pero los cismáticos, y en especial los monges llenos de furor, arrastraron á los confesores á una gran plaza, donde murieron á manos de ocho ó diez mil personas que se habian juntado tumultuariamente. Un sacerdote fue el que tiró la primera piedra, pronunciando anatéma contra cualquiera que no tirase á lo menos cinco.

42. En el otro emisferio, en el clima helado de las tierras de Labrador y del Canadá, hacia el Evangelio al mismo tiempo progresos admirables entre los salvages mas bárbaros, entre los esquímalos, los hurones, los algonkinos, los abnakis y aun los

iroqueses, que son los mas inhumanos de todos aquellos antropófagos; y declinando desde el norte hácia el sudeste, entre los ilineses, los miamis y otros infinitos pueblos cuyos nombres apenas son conocidos. Y aquellos hombres que en la infidelidad solo tenian la figura de tales, y se abandonaban á escesos desconocidos aun entre las bestias, luego que fueron regenerados con la gracia del bautismo, parecieron hombres, ciudadanos y cristianos perfectos, con una inocencia de vida tan sostenida y tan general, que en la mayor parte de ellos duraba por lo comun hasta el último aliento (1). Con esta inocencia tenian una adhesion ilustrada á la fe católica, cosa sobrenatural sin duda alguna, y que debe mirarse como uno de los mayores prodigios. En efecto, ¿no era una maravilla la constancia con que desecharon inmediatamente despues de su conversion las ofertas ventajosas que les hicieron los ingleses, sus vecinos, para que entrasen con ellos en sociedad de comercio y de religion? ¿Qué otro maestro, sino el Espiritu Santo, pudo persuadirles, como lo dijeron muchas veces á aquellos tentadores importunos, que una religion sin virginidad, sin sacerdocio, sin sacrificio, y casi sin culto, no era preferible á su antigua infidelidad?

Con la verdadera fe adquirian aquellos hombres, reducidos poco antes á una vida puramente animal, unos sentimientos é ideas espirituales, y un fondo de conocimientos religiosos que no es comun en nuestras mejores parroquias de Europa (2). En particular

(1) *Cart. edif. t. 6. p. 189 y sig.* (2) *Ibid. p. 175, 223 y sig.*